

EVANGELIO DE LA MISA DEL LUNES SANTO.

San Juan, cap. XII, vs. 1 al 12.

Seis días antes de la Pascua vino Jesús á Bethania, donde Lázaro había muerto, al que resucitó Jesús, é hicieronle allí una cena, y Marta servía, y Lázaro era uno de los que estaban sentados á la mesa juntamente con él. María pues tomó una libra de unguento de nardo puro de mucho precio, y ungió los piés de Jesús, y limpió después con sus cabellos, y la casa se llenó de la fragancia del unguento. Dijo entonces uno de sus discípulos, Judas Iscariote, el que le había de entregar: ¿Por qué no se ha vendido este unguento por trescientos dineros y se ha dado á los pobres? Mas dijo esto, no porque estuviere á su cargo el cuidado de los pobres, sino porque era ladron; y teniendo la bolsa llevaba lo que se echaba en ella. Dijo entonces Jesús: Dejádla que lo aproveche para el día de mi sepultura, porque á los pobres siempre los tenéis con vosotros, mas á mí no siempre me tenéis. Llegó pues á entender una gran muchedumbre de los judíos que estaba en aquel lugar, y vinieron no solo por causa de Jesús, mas tambien por ver á Lázaro, al cual había resucitado de entre los muertos.



CAPITULO XIX.

ENTRA JESUS TRIUNFANTE EN JERUSALEN SENTADO SOBRE UNA JUMENTILLA, Y AUNQUE ES BIEN RECIBIDO, LLORA DESPUES SOBRE LA CIUDAD, PRESAGIANDO SU RUINA.

Jamás vieron los siglos un espectáculo tan grandioso é imponente y tan digno de atención como fué el de la entrada gloriosa de Jesucristo en la ciudad santa, porque ella era el anuncio claro de la victoria que iba á conseguir contra la vanidad del mundo y la tiranía del infierno. Ella era la figura del señorío espiritual que ejerce en su Iglesia y en las almas de los justos; ella era la escuela de los que buscan la gloria en la humillación, porque era la afrenta de los que solo quieren ser exaltados por los caminos de la humana soberbia. Confúndanse por tanto todos los grandes y poderosos de la tierra en medio del ostentoso aparato con que procuran encubrir las miserias que los igualan con los otros hombres. El Rey de los reyes y el Señor de los señores, el Repartidor de los cetros y los imperios, el que arroja los potentados de su trono y los confunde entre el polvo de la tierra, el que eleva á los pequeñuelos y humildes y los sienta entre los tronos de su eterno imperio, el

Rey, en fin, de los cielos y tierra, adornado no con la diadema y el cetro de su omnipotencia, sino con el velo misterioso de la simplicidad y pobreza, muestra que viene al mundo como príncipe de los humildes, á destruir el reino de la soberbia y á condenar todas las leyes de vanidad y orgullo que sirven de gobierno á los hijos del siglo. Apréstase para entrar en Jerusalem de una manera nueva y poco acostumbrada, pero predicha y anunciada por los profetas: así instando la Pascua en que se inmolaba el Cordero, él mismo como cordero verdadero que debía ser sacrificado por los pecados del mundo, se acercó voluntariamente al lugar de la pasión, acreditando con este hecho que estaba muy dispuesto á humillarse y á obedecer á su Padre hasta la muerte mas acerba y afrentosa que jamás se hubiese visto.

Estaba mandada en la ley que desde la luna décima del primer mes tomasen un cordero todos los hijos de Israel y lo guardasen en su casa hasta la luna décimacuarta del mismo, en cuya víspera debían matarle; y así fué que el verdadero Cordero sin mancha, escogido el primero, y primogénito entre todos los rebaños, y elegido de entre millares, que había de ser sacrificado por la santificación del pueblo; unos días antes del sacrificio, esto es, en la luna décima, subió á Jerusalem para que la verdad correspondiese á la significación de la figura; por cuya razón se llamaba también Bethania lugar de *aflicción, de exaudición y de respuesta*; ¿pero de quién? De Cristo y de nosotros. Lugar de aflicción para Cristo, porque la pareció muy grande el Salvador con las unções que le suministró María en su propia casa, y en las de Simon leproso, con las que se designan claramente su muerte y su sepultura; por cuya razón debemos también nosotros afligirnos en nuestros corazones, no solo con la memoria de la pasión de Cristo, sino con la de nuestros propios delitos, por los que padeció el Señor. Infírese de aquí que debemos implorar su misericordia, seguros de que nos oirá Aquel que padeció y murió por nosotros antes que existiésemos. Tan bondadoso Señor nos responderá con la unción de su misericordia, de su gracia y de sus dones, y nos hará dignos de percibir el fruto de sus misterios, para que imitemos en todo su pronta y perfecta obediencia á las disposiciones de su eterna bondad. Con esta sencilla in-

dicación conocemos con toda claridad el motivo por qué desde Efen había marchado Jesús á Bethania, y permaneciendo allí no se había desdenado de recibir los reverentes obsequios que Lázaro y Simon el leproso le habían prevenido en sus respectivas casas, enviando desde la de este último dos de sus discípulos hasta Bethphagé, que está al pié del monte de las Olivas, para que se empuzasen á cumplir las disposiciones de la voluntad de su Eterno Padre.

No ignoraba Jesús que después de la resurrección de Lázaro, desesperados los príncipes de los sacerdotes por el progreso que la fe hacía en los pueblos, se determinaron á cortar de un golpe todas las raíces. Lázaro, resucitado á las puertas de Jerusalem, que se dejaba ver de todos, que de todos era conocido y con todos hablaba, era el objeto mas á propósito para llamar la atención de todos y persuadir la verdad. El convencimiento que causaba su vista, no tenía réplica; y ya resueltos los fariseos en dar la muerte á Cristo, pensaron también y convinieron en quitar la vida á Lázaro, y sumergirle otra vez en el sepulcro de donde Jesús lo había sacado. Formado el proyecto de un decicidio, no les arredra un nuevo pecado de asesinato. Complicándose cada vez mas la situación, los individuos del Sanhedrin decían sin rebozo que preparaban un suceso decisivo; y al contemplar las medidas violentas que en Jerusalem se tomaban, todos conocían la determinación de los fariseos de acabar con el Salvador. Habíase de cumplir la profecía triste de David, y los escribas, los fariseos, los doctores de la ley, los príncipes del pueblo, cuantos tenían algún nombre en Jerusalem, y todo lo que podía llamarse la corte de aquel tiempo, conviene á saber, dos pontífices envidiosos y un consejo tan ambicioso como violento; todos obraban de concierto y caminaban arrebatadamente á su término. Para lograr sus fines, inflamaban personalmente los ánimos de los habitantes de la capital, y sus emisarios eran como teas incendiarias que recorrían aquella y las demás provincias donde podía haber llegado la noticia de Jesús, previniéndolas traidoramente contra él. Por todas partes sembraban rumores calumniosos contra su persona y doctrina; y como sus continuos milagros era un embarazo del que no podían deshacerse, los atribuían á comercio con el infierno. Para alarmar al pueblo contra su Dios y

Señor, lo amenazaban con las armas de los romanos y con la ira del cielo, sin despreciar algunos de cuantos medios de iniquidad les sugería su astuta hipocresía y su refinada malicia. Era tal la disposición de las cosas de Jerusalén y la complicación del plan que habían adoptado, que solo un milagro de su omnipotencia podía haberlo desbaratado; lo que estaba muy lejos de practicar Jesús, pues se acercaba la hora de su muerte y de su triunfo, que desde la eternidad estaba determinada por su Eterno Padre.

En cumplimiento pues de ella, envió á sus dos discípulos á la aldea que tenía á su vista, y como señor y profeta les dijo: *Marchad allá, y á la entrada del lugar encontrareis una burra con su pollino que nadie ha montado aun; desatadlos y traédmelos aquí; y si alguno os dijere alguna cosa, esto es, cuál es vuestro intento y con qué derecho disponéis de aquellos animales, solamente respondereis: El Señor los necesita; con lo que, sin hallar otra oposición, os dejarán ejecutar mis órdenes.*

Sucedió todo como Jesús había dicho, y entonces fué cuando se cumplió el oráculo del profeta Zacarías, que representando al Mesías haciendo su entrada en la capital del reino entre las aclamaciones y aplausos de las hijas de Sion, les pone delante á este Señor como un rey que gana los corazones con dulzura y humildad, pues viene á ellas con un equipaje pobre, conducido en una caballería prestada y comun en el país, diciendo: *Decid á la hija de Sion: Ved aquí á tu Rey que viene á tí con espíritu de mansedumbre, sentado sobre una pollina, y sobre el hijo de la que ha llevado el yugo, ó lo que es lo mismo en la realidad, no quieras temer, hija de Sion; mira á tu Rey que viene sentado sobre el jumento, hijo de la pollina.* Los apóstoles y demás discípulos del Señor no habían aplicado hasta entonces á la persona del Mesías estas palabras proféticas. Mas cuando estuvo Jesús en posesión de su gloria, tiempo al cual estaba reservada la comunicación de su espíritu y la perfecta inteligencia de las Escrituras, conocieron perfectamente que este oráculo miraba á la persona de su Maestro, y que cuando obedecían sus órdenes, entonces trabajaban en cumplimiento de las profecías.

Después que los apóstoles hubieron cumplido con diligencia las

órdenes de su Señor y Dios, sin encontrar ninguna especie de resistencia ni oposición de parte de los hombres, viendo que el Señor se disponía para hacer su entrada con pompa y magnificencia en la ciudad santa, adornaron lo mejor que pudieron el jumento, formando con sus capas una especie de gualdrapa ó aparejo, y en seguida le hicieron montar sobre él. No podía extrañarse en el país el que Jesús se sirviera en esta ocasión de aquel jumentillo, puesto que los grandes y pequeños de la ciudad lo usaban con indiferencia, y nada tenía por consiguiente, *ni de bajo, ni de soberbio*, pero sí mucho de extraordinario, puesto que Jesús había hecho hasta entonces todos sus viajes á pié en compañía de sus apóstoles. Mas en este día quiso que su pueblo le reconociese por Rey pacífico, que entraba en la capital á la manera de sus antiguos jueces y conductores.

Marchaba así y lo seguía una gran tropa de fieles israelitas, de los que muchos le habían acompañado desde Jericó; otros eran habitantes de Jerusalén y de las aldeas vecinas, que habían visto con sus ojos la resurrección de Lázaro; otros eran gentiles temerosos de Dios, que en los días de su solemnidad venían á Jerusalén á adorar al Señor, y otros, en fin, avisados de su marcha, le habían salido al encuentro, mostrando su veneración y amor á su Rey y Mesías, porque no participaban de las preocupaciones de los escribas y fariseos, y todos tendían sus vestidos á lo largo del camino por donde había de pasar, mientras que otros, cortando ramas de árboles, le alfombraban con su verdura, y otros muchos venían de la ciudad con palmas en las manos para recibirle, clamando todos con entusiasmo y alegría: *Hosanna al Hijo de David. Bendito el que viene en nombre del Señor.* Jamás se vió en la tierra un espectáculo mas digno de atención. Este fué sin duda el milagro mas asombroso y acaso el menos notado que se reservó hacer en medio de otros muchos mas comunes que parecen ejecutados sin cuidado y como por costumbre. Presentóse el Señor aclamado como vencedor de la muerte, que ha de matar muriendo, y del pecado que ha de vencer, padeciendo como malhechor. En medio de los aplausos de un pueblo inmenso entra triunfante en la ciudad, donde los magnates y poderosos, le odian y aborrecen, y maquinan su muerte; y en medio de tanto furor y conjuración conserva su libertad, su

independencia, su autoridad toda entera para obrar y hablar, y detiene la tempestad y la mantiene suspensa sobre su cabeza hasta el momento preciso en que su Padre lo ha de entregar al poder de las tinieblas; y permite que este triunfo irrite á sus enemigos, para que la saña del infierno ayude á la redencion del linaje humano. Los gritos de loor y gloria se repiten por todas partes, y las tropas de hombres, de mujeres y de niños, que preceden y siguen el cortejo, no cesan de repetir: "Honra, gloria y bendicion al Hijo de David. Bendito sea de Dios el que nos viene en nombre del Señor. Hoy se nos ha dado la salud por nuestro Rey, que viene á nosotros en nombre del que habita en los cielos. El Señor se ha reconciliado con nosotros. La paz se ha concluido entre el cielo y la tierra. Ya vamos á ver levantarse con esplendor la inocencia de nuestro pueblo y la gloria del reino de nuestro Padre David. Que sea un reinado de bendicion. Honra, gloria y alabanza al Altísimo." ¡Oh, con qué mansedumbre y suavidad se presenta el Todopoderoso á los que están maquinando mil medios de quitarle la honra y la vida! Jamás los discípulos de Jesús y el número de fieles que creía en él habian tenido mas esperanza de su próxima libertad. Nunca los apóstoles se habian lisonjeado á su parecer con mas certeza á las conjeturas que habian formado sobre la próxima grandeza de su Maestro. Los mismos escribas y fariseos se estremecieron y temblaron y comenzaron á desconfiar del éxito feliz de sus maquinaciones. Contaban para ellas con el pueblo, y al ver los obsequios que este prodigaba á Jesús, temieron que desengañado, los abandonase. Ocultos y como escondidos habian contemplado el triunfo; la desesperacion y la rabia se habian apoderado otra vez de su corazon; y juntándose en un nuevo Sanhedrin, se decian los unos á los otros: *¿No veis que nada conseguimos? Todo el mundo se va tras ese hombre*; públicamente se manifiesta la adhesion á su persona, y le siguen como al Mesías, como á Cristo y como á rey de Israel.

Mientras los escribas y fariseos se entregaban á la desesperacion, y poseidos de nuevo coraje y rabia maquinaban nuevos proyectos para vengarse del mas manso y pacífico de todos los hombres, el Dios de Abraham inspiraba á los descendientes de aquel esclareci-

do patriarca nuevos cánticos de loor y alabanza en obsequio de su único Hijo, para que llegase á noticia de todos que él era el deseado de los collados eternos, el suspirado de los antiguos padres, la esperanza de todas las naciones y el Hijo de Dios que venia para obrar la redencion en medio de la ciudad santa, y le decian: "*Reyes de reyes desde la eternidad; eterno es tu reino, y no de este mundo. Por tí viene á mí tu reino; con tu poder reconcilias al mundo con Dios y pones paz en los cielos y en la tierra. Todas las criaturas cantan hosanna al Hijo de David, llega este clamor hasta las extremidades de la tierra y sube hasta lo mas alto del empíreo. Los árboles te honran prestando sus ramas; hácese lenguas los bosques; obedeciente las obras de tus manos; ríndense á tí los animales y las cosas insensibles; lo invisible y lo visible, doblando la rodilla te adoran. Reconóctete el hombre por su Criador y reparador; llama dichosa su culpa porque mereció que entrases hoy á lavarla con tu preciosa sangre. Tú sacas alabanza de la boca de los niños; los humildes publican la gloria tuya que tratan de oprimir los soberbios. Bendicente los agradecidos, maldicen de tí los ingratos. Acompañante los sencillos, huyen de tí los vanos. Porque eres Rey pobre y humilde, tu atavío es la pobreza de corazon, tu fausto la mansedumbre, tus proyectos el desprecio del mundo, la cruz el blanco y término de tu camino. Bendito seas, ¡oh Rey de Israel! Hosanna al Hijo de David. Bendito sea el que viene en el nombre del Señor.*"

Nada podia haber mas funesto para los escribas y fariseos; ningún contratiempo podia presentárseles mas estorbador y enfadoso; ningunas otras circunstancias menos á propósito para fomentar una violencia: sin embargo, obligaron á algunos de los suyos á que se mezclasen con la muchedumbre, mientras ellos tuvieron la osadía de presentarse á Jesús y decirle: Maestro, reprende á tus discípulos y ordénales que se contengan. Como quien dice: Ya veis mejor que nosotros las consecuencias que pueden tener estos movimientos populares; los que os acompañan no guardan medidas algunas, no preven las cosas; ellos dicen que vos sois Cristo y os proclaman abiertamente por su Rey. ¿Qué recelos no tendrán los romanos y á cuanto nos exponeis? En vano seria, respondió Jesús, im-

poner silencio á mis discípulos. Cuando yo los hiciera callar, hablarían las piedras en su lugar y clamarian mas alto que ellos. Con cuya contestacion se vieron precisados los fariseos á contentarse y callar, porque la ocasion era muy poco favorable para llevar adelante sus planes. Continuaron por consiguiente las cosas como habian empezado. Se aumentaron las aclamaciones, y los envidiosos no pudieron menos de experimentar toda la mortificacion que les causaban tan grandes obsequios tributados públicamente á aquel á quien tan de veras ellos aborrecian.

No puede negarse que dijo muy oportunamente san Agustin, que en muchos de los parajes que se registraban en el Evangelio, habia tantos sacramentos como misterios que estaban escondidos bajo las palabras mas triviales y sencillas, y aun bajo las que al parecer eran mas insignificantes, lo que se confirma en el texto de este Evangelio; y en verdad, ¿quién puede ponderar debidamente la prontitud de la obediencia á la voz del Maestro divino de aquellos dos apóstoles á quienes envió el Señor en busca de la asna y del pollino? Flacos eran é imperfectos; pero su obediencia rayó en esta ocasion hasta el heroísmo. En las palabras y aun en los procedimientos de algunos ellos se vieron alguna vez muestras de envidia, de ambicion y hasta de temeridad; mas en la obediencia y docilidad fueron constantes y perfectos. La voz del Señor halló siempre en ellos la razon sumisa y el corazon abierto, y no fué pequeña prueba aventurarse á los denuestos é insultos de los hombres, y acaso á ser tenidos por ladrones por obedecer á Jesús. ¿Qué dirán á esto aquellos que con frívolos pretextos resisten obedecer los preceptos de la ley santa del Señor, y aparentando temores impropios de cristiano, se recatan de cumplir á la vista de otros hasta los preceptos de la Iglesia? ¿Y qué dirán sobre todo aquellos ministros tibios, y aquellos sucesores de los apóstoles, que por medio de las persecuciones temporales y por no incurrir en la indignacion de los poderosos del siglo, descuidan el cumplimiento de sus mas sagrados deberes?

Otra consideracion no menos importante y digna se halla en la instruccion que Jesús da á los apóstoles. Atados estaban la asna y el pollino. Aquella era símbolo del pueblo judaico que habia

traido mucho tiempo sobre sí el yugo pesado de la ley, y el pollino denotaba el pueblo gentil sin yugo alguno, abandonado al parecer á sí mismo y á los antojos de una inquieta y desenfrenada libertad; y á la una y al otro manda Jesucristo desatar y llevarlos á su presencia. A todos desató con su muerte de las ataduras del pecado. Los apóstoles descargaron á los judios, por medio de la predicacion del Evangelio, de la ley de Moisés, que habia quedado enteramente abolida, rubricando el Salvador con su sangre la sancion de la nueva ley, y anunciaron á los gentiles la libertad que Cristo les compró. La criatura tiene en sí misma la figura de aquellos dos animales en las dos partes de que consta; el espíritu, que sirve á la ley de Dios, y la carne, que no quiere mas que la ley del pecado; aprisionada por este y atada á las pasiones que le dominan, debe adquirir su soltura, la que han de proporcionarle los sucesores y herederos del misterio santo de los apóstoles, poniendo especialísimo cuidado en buscarlas, desatarlas y presentarlas al Señor. Nunca debieran olvidarse estas tres importantísimas y misteriosas palabras: *Hallareis una asna y un pollino atados; desatadlos y traedlos á mí.*

A este tremendo precepto añadió Jesucristo otra expresion no menos misteriosa y digna de nuestra atencion, cual fué el decirles: *Si alguno os dijere algo, decid que los ha menester el Señor, y luego los dejará.* Porque en verdad, ella indica el poder omnipotente é irresistible del Señor, el dominio universal que ejerce y tiene sobre todas las cosas, pues solo él es el que puede decir: *Mias son todas;* y sobre todo, indica la inutilidad de la resistencia que todas las criaturas de la tierra oponen á las disposiciones del Señor. La prontitud con que aquellas gentes, con ser pobres á lo que parece, dieron lo que les pedia el Señor, condena la dureza de algunos ricos que se resisten á dar lo que les sobra, aun cuando los pobres de Jesucristo dicen que lo han menester.

A mas de las misteriosas significaciones hasta aquí expresadas, deben notarse en primera línea las que indican la miseria de todo el mundo antes de la venida de Cristo. Judios y gentiles estaban atados; mas ni unos ni otros conocian su cautiverio. El judío se creia libre porque era hijo de Abraham; el gentil tambien se conceptuaba

tal, porque á nadie reconocía por Señor en el mundo; estaba, como dice san Pablo, sin Cristo y sin Dios [1]. El judío soberbio con la falsa justicia se desdenaba de la verdadera. El gentil engañado con la falsa sabiduría, despreciaba á la verdadera como necedad, y unos y otros estaban atados á la parte de afuera de la puerta, sin aliento, sin abrigo, sin que nadie tuviese lástima de su indigencia. Tenían dueños, pero indolentes é interesados, solícitos de su propia honra, y no del bien ajeno que los dominaban, y no los alimentaban; y que si alguna vez hablaron acerca de ellos, fué para oponerse á su libertad y quitarles la gloria de ser llevados á Cristo por los apóstoles; pero ni los sacerdotes entre los judíos, ni los príncipes entre los gentiles, tenían derecho para oponerse á la libertad espiritual que Jesucristo venía á dar al mundo entero; mas así los unos como los otros, abusando de su autoridad, se valieron de ella para retardar la predicación del Evangelio y para estorbar que los apóstoles, en nombre de Cristo y con el poder de su gracia, pudiesen en libertad á los que tenía atados y tiranizados el príncipe de este mundo.

También es misterioso sobremanera la imposición de los vestidos de los apóstoles sobre la jumentilla que había de montar el Señor, porque era el símbolo de su doctrina, de su fe y de la pureza y santidad de su vida; joyas preciosísimas que guardan sus sucesores como guardó Eliseo el manto de Elías, preparando y adernando con aquellas las almas donde ha de hacer asiento Jesucristo, para ser cooperadores de su santificación y hacerles amable el yugo del Evangelio. Indicio es también del desinterés y ardiente caridad de los apóstoles la prontitud con que se desnudaron de sus ropas para preparar el asiento al Salvador, y en ello se ve practicada la obligación en que estamos todos los fieles, cada uno en su respectivo estado, de despojarnos y desprendernos de todo para disponer las almas á que reciban á Cristo, de cubrir sus pecados con el secreto, sus flaquezas con la mansedumbre y sus afrentas con la anticipada caridad. Solo así toma asiento Jesucristo en el corazón de las criaturas. Pero también es preciso considerar la facilidad con que el ju-

[1] Div. Paul. Ep. ad Efes. cap. 2, v. 12.

mentillo indómito, juntamente con la asquilla, se sujetaron á Cristo, porque en ella se descubre la suavidad y la prontitud con que la gracia señorea y domina al hombre, lo que también se demostró en todas las ocasiones en que el Señor llamó de alguna manera particular á los gentiles. Los Magos del Oriente obedecen y siguen con prontitud la estrella que á Belen los conduce, y el eunuco de la reina de Candaces advierte por su compañero á Felipe, acepta la explicación del pasaje de la Escritura que no comprendía, y recibe inmediatamente de mano del apóstol el bautismo saludable, reconociendo á Dios por su Señor y admitiendo con prontitud y docilidad el yugo suave del Evangelio.

Caminaba el Señor, y el pueblo gritaba hosanna al Hijo de David: estas alabanzas hubieran sido de mucho consuelo para Jesús si no hubiera tenido presentes los oprobios que á ellas debían de seguirse después de algunos días, y las demás terribles consecuencias cuyo origen le era bien conocido. Habiendo llegado á vista de Jerusalén, poniendo sus ojos sobre la ciudad ingrata, que amaba como á la principal porción del campo que le había confiado el gran Padre de familias, dió libre corriente á sus lágrimas divinas. No se dejó deslumbrar del esplendor de su triunfo ni trasportarse de alegría por una pompa tan magnífica. Con este ejemplo nos enseñó lo que ya nos había dicho por boca del Sabio, á saber: *Que no nos olvidemos en los días alegres de los días tristes*; que debemos siempre tener delante de los ojos la imagen de la muerte, de la vanidad del mundo y de la constancia de las criaturas. Por lo mismo, quiso que aprendiésemos que no hay afecto de que pueda el cristiano sacar mejor partido que la tristeza y el llanto. Lloró Cristo, no como suelen los hombres, por flaqueza, por temor, por interés ó por hipocresía; lloró la ceguedad y la ingratitude de su pueblo, la facilidad con que iban á echar sobre sí todo el lleno de la ira divina, y el castigo que ya les iba á los alcancas. Lágrimas que bañaron aquellas mejillas, que son el gozo y la alegría del cielo, no podían ser sino de celo por la gloria de Dios y de perfecta caridad para la salvación de las almas.

Lloró, y como si no quisiese llorar solo, porque lloraba sobre la ingratitude de su ciudad amada, volvióse á los que podían oír su

voz, y exclamó diciendo: Si hubieras reconocido, ciudad infortunada, esto es, si en tus profetas, ó por lo menos en estos dias para tí pacíficos y tranquilos, quisieras aprender lo que ignoras y yo conozco, ¿qué otra cosa fuera para tí! Lo que fué decir: Sin duda harías penitencia en ceniza y en silencio como los ninivitas; pero tú te ciegas y te endureces y no quieres creer que estás amenazada de una muy grande y próxima calamidad y desolacion.

¡Qué diferentes, encontrados y opuestos son los pensamientos de Jesús á los pensamientos de los hombres! Nada hay mas grato á un enemigo que el placer de la venganza. Los escribas y fariseos lo eran de Jesús y deseaban vengarse de él; y sin embargo, el Salvador amantísimo lloraba sobre la ciudad ingrata y se estremecía á su vista de los castigos que su divino Padre iba á descargar sobre ellos por haberle perseguido hasta la muerte. Alegrábanse los pecadores en su pecado, los traidores en su obstinacion y dureza, y los verdugos en los tormentos y la muerte que habian de dar al Redentor del mundo; y este, que deseaba la cruz, los tormentos y la muerte por salvar á los hombres, derramaba abundantes lágrimas, conociendo la monstruosa ingratitude de que estaban llenos. ¡Cuántos se pierden por no conocer el tiempo ni los caminos de la salud! ¡Cuántos por descuidarse en órden á los medios eficaces de su santificacion! ¡Cuántos por abusar de los dones de Dios ó por no aprovechar los momentos felices en que el Señor los convida con su proteccion y su gracia! ¡Qué importa la falsa paz que el pecador cree gozar porque tiene tranquilidad y contento exterior, si interiormente está en gracia de Dios? ¡Qué puede esperar sino que tras este dia de tranquilidad que á su parecer disfruta, venga el dia de Dios grande y terrible en que el Altísimo ponga por obra su venganza? Ira es de Dios y castigo espantoso la falsa paz que halla el malo en el deleite, en el olvido de su propia dureza y en el desprecio de la necesidad ajena. ¡Qué tiene que ver esta paz engañosa de las pasiones, con la sólida y verdadera de la cruz con que Dios visita, consuela y alimenta á sus siervos! ¡Oh corazón de Jesús! ¡Qué tierno es y compasivo! En verdad que no puede ver los males de sus hijos sin desearles y procurarles el oportuno remedio.

Abriéronse al parecer las entrañas de misericordia del Salvador en

beneficio y favor de su pueblo, y no pudo menos de indicarle que los misterios de la justicia de su Padre estaban escondidos á su vista. Guerra tenia Dios con aquel pueblo que estando lejos de la verdadera paz no lo conocia. Jerusalem es figura de un alma rebelde que resiste á Dios, que rehusa sus gracias, que sofoca sus inspiraciones, que desprecia sus mandamientos, que no hace caso de sus promesas, que se burla de sus amenazas, que no piensa en llorar los pecados pasados, ni en enmendarse de los presentes, ni precaverse de los futuros; no atiende ni á la misericordia de Dios que le extiende sus brazos, ni á su justicia divina que le prepara castigos, ni á la vida presente que se acaba y huye, ni á la muerte que se acerca, ni al juicio en que ha de comparecer; todo está escondido á sus ojos. No reconoce las visitas que Dios le hace, sumiéndole en la escasez cuando nadaba en la abundancia, y envolviéndole en cruda y horrible guerra cuando se creia gozar de paz. ¿Quién habrá que si se pone á examinar detenidamente todas las cosas que le suceden, pueda ni siquiera contar las continuas visitas que Dios le hace? ¿Y quién habrá que si entra en cuenta consigo mismo pueda desconocer las voces que Dios le da para atraerle á sí y para despertar en su corazón la gratitud, la viva fe, la confianza en su bondad y el temor saludable de sus juicios para desprendernos del mundo y unirnos con él por el amor? ¡Mas ay de nosotros, ignorantes, ciegos y estúpidos, que no solo dejamos pasar á Dios por delante de nuestras puertas, sino que cuando quiere metérsenos en casa, se lo estorbamos por mil medios con la mas grosera descortesia! ¿qué seráde nosotros si no hacemos pronta y fervorosa penitencia?

San Gregorio dice [1]: Que lo que hizo una vez el Señor sobre la ciudad ingrata, lo hace cada dia en la Iglesia sobre los que llamó á la última dignidad de hijos suyos, porque desconocen la tristísima poscion en que se hallan. Lloro sobre los réprobos, los que desconocen el motivo porque son reprobados, y así se alegran y perseveran en el camino de la perdicion, aun cuando les amenaza la condenacion eterna, porque los tormentos que les esperan están escondidos á sus ojos. Vendrán dias malos sobre ellos cuando llegue el

[1] Div. Gregor. Hom. 29 in Evangel.

de la venganza eterna, porque no conocieron el tiempo de su visita, esto es, aquel en que Dios los visitó. Visita Dios las almas perversas cada día con sus preceptos, alguna vez con los castigos, con mucha frecuencia con los milagros, para que oyendo lo que no sabia, ó se arrepienta por medio de la conjuncion, ó vengaida por los beneficios, se avergüence de la mala correspondencia que da al Señor. Pero como poseida por la sabiduría desprecia el castigo y el milagro, desconoce el tiempo de su visita, y al fin de su vida es entregada á aquellos enemigos suyos, con los que estuvo unida en perpetua sociedad mientras vivia. Vendrán, dijo el Señor á Jerusalem, días sobre tí en los que tus enemigos te rodearán de trincheras y te cercarán, y te estrecharán por todas partes. Rodeado está el pecador y circuido por todas partes por las pérdidas sugeriones del enemigo, por los interiores estímulos de la carne y por la inflamacion y preocupacion de todos los deleites y pasiones. Rodeado está por la flaqueza y debilidad de su propia naturaleza. Angustiado y afligido por el temor de su conciencia. ¿Y qué puede esperar sino justicia el que no se aprovecha de la piedad? Esta espantosa ruina de la Jerusalem material es un ligero borron del horrible estrago que hacen la culpa y el pecado en la Jerusalem espiritual de nuestra alma, y del castigo que para la otra vida le tiene Dios guardado; y así dijo á la Jerusalem material: Te destruirán enteramente á tí y á tus hijos que están dentro de tí, y no dejarán en tí piedra sobre piedra, porque no conociste el tiempo de tu visita. La Jerusalem espiritual es arrojada por tierra cuando consiente en su interior la perpetracion del crimen. Sus hijos, que son las buenas obras, quedan enteramente mortificados por aquel, y no queda en ella piedra sobre piedra cuando á causa de la desconfianza se entregan á la desesperacion. Vallada está entonces y siempre rodeada de demonios constreñida y oprimida por los pecados, y enteramente postrada y destruida, sin que quede en ella piedra sobre piedra, cuando es entregada á las llamas inextinguibles. Nada hay mas que mereza ser destruido tan pronta y terriblemente como el que se levanta á mayores contra Dios y destruye con mano sacrílega y atrevida el templo material donde es adorado de sus fieles hijos, ó el templo espiritual donde recibe los inciensos y adoraciones de la mas pua y

fervorosa caridad. Las gracias y las virtudes son las piedras con que levanta Dios y labra el edificio de nuestro corazon. El que profana en sí el templo del Espíritu Santo y no repara esta profanacion con la penitencia, ¿qué puede prometerse ni esperar, sino ser para siempre templo del demonio? Destruyó Dios el templo y la santa ciudad, no solo para castigar el pecado de los judios, sino tambien para quitarles la ocasion de permanecer en el judaismo; y misteriosamente para denotar que habian sido abolidos los antiguos sacrificios, y habia desaparecido el culto judaico.

No es extraño pues que teniendo presentes el Señor estos terribles castigos de su justicia que irremisiblemente habian de venir sobre la ciudad ingrata á causa de su obstinacion y dureza, llorase sobre ella. Cuatro veces lloró el Señor en los días de su vida, cubriéndose con el manto de nuestra carne frágil y enfermiza, sin que se lea que ni una sola vez se rió. Cuatro veces lloró, porque en aquellas lágrimas mortales tuviésemos nosotros como cuatro manantiales y fuentes inagotables de su misericordia; y aunque lloró cuatro veces sintió mientras vivió esta vida mortal, los motivos que aquellas lágrimas le arrancaron. Lloró naciendo sobre la misericordia comun y la desgracia universal de todos los que nacen. Lloró sobre el sepulcro de Lázaro, aunque sabia que habia de resucitarle, porque no ignoraba la dificultosa resurreccion de todos los pecadores muertos por la culpa á la vida de la gracia: lloró á la vista de Jerusalem, porque tenia presentes sus iniquidades y el cúmulo inmenso de sus ingratitudes; los pecados de los hijos de la nueva Iglesia y los de la vieja, juntamente con la de todas las edades y siglos, y lloró, en fin en la cruz sobre todos y cada uno de los hombres, porque previó lo infructuosa que habia de ser su pasion para muchos de ellos. Fueron empero oidas del Padre sus lágrimas clamorosas para conciliar su misericordia y merecer para todos la gracia preveniente y excitante; para sanar las miserias de los mortales, para borrar los pecados de todos y para merecernos la gracia y la gloria sempiterna.

Otro efecto á mas de todos los dichos y otra muy ventajosa utilidad, nos reportaron las lágrimas de nuestro amantísimo Jesús, y fueron el que en vista de ellas se excitase en nuestro corazon un dolor vivísimo por nuestros pecados y por los de nuestros prójimos

consiguiendo tambien por aquellas el don de lágrimas que necesitamos para arrepentirnos de nuestras culpas y flaquezas; y ya que no sea el de las interiores y exteriores, por lo menos el de aquellas indispensablemente necesarias para dar testimonio de nuestra contricion y que confirma en nosotros el acto de la verdadera penitencia. Miremos pues bien á nuestro amantísimo Jesús llorando sobre Jerusalem y aplicando sus lágrimas á la Jerusalem espiritual de nuestra alma; lloremos tambien con él larga, fuerte, abundantemente, porque solo así podrá corresponder nuestro llanto al llanto del Hijo de Dios. Lloraba Jesús con amargura de su corazon contemplando el peligro temporal y eterno de los desgraciados hijos de Judá, porque no conocieron el tiempo de su visitacion, esto es, cuando por medio del misterio de su encarnacion los visitó viniendo desde lo alto, y le desconocieron á él, no solo depreciando su predicacion, sino persiguiéndole hasta la muerte, y muerte afrentosa de cruz.

Esta clarísima profecía se cumplió en todas sus partes, y Jerusalem fué asolada y destruida como treinta y siete años después de la muerte de Jesucristo, ó muy cerca del año setenta del primer siglo cristiano. El emperador Tito fué el ejecutor de esta sentencia pronunciada por la justicia divina contra la ciudad deicida. Las calamidades empero que experimentó el pueblo hebreo en la ruina de Jerusalem y antes y después de ella, fueron tales y de tanta magnitud y consecuencia, que si el principal historiador de estos horrosos acaecimientos no fuera de tanta autoridad, tan sabio y respetable, y á mas testigo de vista, que á todo se halló presente, no se podia creer. Este historiador fué Josefo, de nacion y profesion judío; uno de los hombres mas raros de su edad en elocuencia, prudencia, conocimiento de las Escrituras, y sobre todo, en magnanimidad y valor; pues siendo gobernador de la provincia de Galilea, defendió la ciudad de *Yotapata* contra el poder de los romanos por espacio de cuarenta y siete dias; y muertos todos los hombres de valor, parece que la Providencia quiso guardarlo para que escribiese esta guerra de los judíos, como lo hizo. Porque nadie la pudiera escribir ni con mas verdad, ni con mas elocuencia, ni con menos sospechas de parcialidad; pues él mismo dice al principio de su escrito, que era hijo de

Matatía, ciudadano y sacerdote de Jerusalem, y que en la primera y segunda conquista peleó contra los romanos. Durísimo pues, malvado y sobre impío ha de ser el corazon que permanezca insensible y obstinado á vista de las lágrimas de Jesús y del motivo que las produce y causa. Desventurado de aquel que circuido de miserias y de pecados, se alegra y rie cuando sobre él lora la sabiduria del Padre. Frenético ha de ser y sobremanera furioso el que permanece impávido al ver llorar al Médico que conoce toda la gravedad y extension de la fiebre que le devora: lora pues tú con llanto amargo, como si llorases sobre la muerte de tu unigénito. Salgan á torrentes las lágrimas de tus ojos por el dia y por la noche, sin permitir un momento de descanso ni consentir que se cierre la pupila de tu ojo. Mira tambien á los discípulos de Jesús que le siguen con la mayor moderacion y reverencia sin poder contener las lágrimas que de sus ojos salian al ver las que brotaban de las de su divino Maestro, y llorando tú igualmente tus culpas y pecados espera lograr el copioso fruto que á todos merecieron las del divino Salvador.

ORACION.

Amantísimo Padre y dulcísimo Jesús, Redentor y Salvador mio, que tan voluntariamente y con tanta ansia caminaste hácia la ciudad ingrata donde te esperaban tantas amarguras, tantos tormentos y, por último la cruz, en la que habias de morir para cicatrizar y curar la espantosa herida que por la culpa y el pecado estaba abierta en el corazon de la criatura, y que viniendo á Jerusalem seis dias antes de la Pascua quisiste manifestar no solo tu clemencia, sino tambien la omnipotencia de que estabas revestido, disponiendo que te recibiesen con ramos y palmas, confesando tu majestad y cantando himnos de loor y alabanza á tu divinidad, diciendo el pueblo fiel: Hosanna al hijo de David: bendito el que viene en nombre del Señor: ruégote por las entrañas de tu misericordia, me permitas acercarme á ti y seguirte constantemente con la esperanza de vivir siempre unido contigo y de pertenecer eternamente á tu reino. Por las lágrimas, Señor, que derramaste sobre

la ciudad ingrata, concédeme la gracia de que lllore constantemente mis culpas y pecados para que sea digno de reinar contigo por eternidades de eternidades en la patria celestial. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo corresponde al XXI del Evangelio de san Mateo, desde el versículo 1.º hasta el 9, y al XIX de san Lucas, desde el versículo 29 hasta el 44, todos inclusive.

La Iglesia usa del texto de san Mateo para el último Evangelio de la misa del domingo de Ramos, desde el versículo 1.º hasta el 9, y del texto de san Lucas como parte del Evangelio de la misa de la Dominica novena después de Pentecostes, desde el versículo 44 hasta el 54. Unos y otros dicen así.

EVANGELIO DE LA MISA DEL DOMINGO DE RAMOS.

San Mateo, cap. XXI, vs. 1 al 9.

En aquel tiempo, habiéndose acercado Jesús á Jerusalem y llegado á Betfague junto al monte de las Olivas, envió á dos de sus discípulos diciéndoles: Id á esa aldea que está en frente de vosotros y luego hallareis una asna atada y un pollino con ella; desatadla y tráedmela, y si alguno os dijere algo, decid que los ha menester el Señor y luego los dejará. Todo esto sucedió para que se cumpliese lo que fué dicho por el Profeta: Decid á la hija de Sion: He aquí tu Rey viene para tí manso, sentado sobre una asna y un pollino, hijo de animal de yugo. Y los discípulos fueron é hicieron como Jesús les mandó. Y trajeron la asna y el pollino, y pusieron sobre ellos sus vestidos é hicieronle sentar encima. Mucha gente tendía sus vestidos en el camino, y otros cortando ramos de árboles los echaban por el camino. Y el pueblo que iba delante y detrás clamaba diciendo: Hosanna al Hijo de David: bendito el que viene en el nombre del Señor.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMINICA NONA DESPUES DE PENTECOSTES.

San Lucas, cap. XXI, vs. 41 al 44.

En aquel tiempo, llegando Jesús cerca de Jerusalem, al ver la ciudad lloró sobre ella diciendo: ¡Oh, si entendieses tú á lo menos en este día tuyo lo que pudiera acarrearle la paz! Mas ahora está todo escondido á tus ojos. Porque vendrán días sobre tí en que tus enemigos te rodearán de trincheras, y te cercarán, y te estrecharán por todas partes, y te destruirán enteramente á tí y á tus hijos los que están dentro de tí, y no dejarán en tí piedra sobre piedra, por cuanto no conociste el tiempo de tu visitación. . . .

